



EL CAMPO Y LA POLITICAV

Propuestas de
CONINAGRO
para el futuro
agroindustrial

Las democracias se enferman sin diálogo y consensos

Lucas Romero (*)

¿Qué necesita una democracia para sobrevivir?

¿De qué viven las democracias? O lo que es lo mismo, ¿de qué mueren? ¿Qué les tiene que faltar para que dejen de existir? Todas estas preguntas se vuelven esenciales para entender cómo funcionan las democracias o, más importante aún, para conocer qué las puede hacer funcionar mal. Son interrogantes que han despertado el interés de muchos científicos sociales en el mundo, como es el caso de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, dos politólogos norteamericanos que, motivados por esos interrogantes, publicaron en 2018 un libro titulado: “Cómo mueren las Democracias”.

En ese gran libro, Levitsky y Ziblatt, señalan que las democracias pueden morir en manos de hombres armados. Esa fue la forma habitual en

(*) Licenciado en Ciencia Política, Director de Synopsis Consultores. Analista político y de opinión pública. Ha participado de diversas campañas electorales en la Argentina y en otros países, y ha brindado diverso tipo de asesoría en organismos públicos nacionales y provinciales.

la que, a lo largo del siglo XX, muchas democracias sucumbieron frente a golpes de estado liderados por fuerzas o líderes armados. Es la forma clásica en la que mueren las democracias. Pero advierten también que hay otras formas menos violentas por las que las democracias sucumben, y que paradójicamente, son formas que comienzan en las urnas. Son procesos que se inician con una victoria electoral, lograda bajo las reglas democráticas, pero que una vez producido ese triunfo el poder emergente subvierte luego las instituciones democráticas, e imponen regímenes autoritarios o autocráticos. Estas últimas son las formas modernas por las cuales, en el siglo XXI, se mueren las democracias.

Para evitar que liderazgos autoritarios emerjan y subviertan la vigencia de los regímenes democráticos, se vuelve fundamental tener instituciones sólidas. Levitsky y Ziblatt destacan el rol protector que tienen la Constitución y los mecanismos de control y equilibrio (system of checks and balances) para los sistemas democráticos. Pero también señalan la importancia de algunas reglas no escritas para defenderlas, como pueden ser: 1) La tolerancia mutua entre los actores políticos; o 2) El acuerdo de los partidos rivales a aceptarse como adversarios legítimos. Ambos autores remarcan la importancia de que cada parte del sistema, cada liderazgo político circunstancial, se resista a la tentación de usar el control temporal de los recursos institucionales, para su propio beneficio, y en detrimento de la competencia libre y justa entre los diferentes adversarios. Así como también, la importancia de que cada liderazgo político circunstancial no busque imponer una hegemonía sobre la necesidad de conservar el diálogo con las otras partes del sistema.

Estas conclusiones a las que desembarcan Levitsky y Ziblatt, son determinantes para comprender cuál es la condición mínima que debe prevalecer en toda democracia. La competencia libre y justa, y el diálogo

(interacción) entre todos los actores, no solo hacen al fortalecimiento del sistema, sino que son medulares a su supervivencia. Las diferencias deben ser una fuente de beneficios para el sistema, no las razones para su aniquilación, y el reconocimiento del otro debe ser la forma de asumir la naturaleza plural de la convivencia democrática y de constituir las condiciones para la existencia del diálogo político, el principal combustible para un buen funcionamiento de las democracias. Sin posibilidades de diálogo, sólo queda la necesidad de la imposición y, por ello, nace el germen de los regímenes autocráticos y comienza la agonía de las democracias.

Bajo esta perspectiva, si uno tuviera que identificar cuáles son los cimientos de las democracias modernas, necesariamente hay que mencionar a la noción de pluralismo político, la idea de que las sociedades modernas contienen intereses diversos y que la finalidad de los regímenes democráticos es encontrar la forma en que esos intereses diversos puedan estar representados en el proceso de toma de decisiones colectivas.

Esa noción de democracia pluralista, central para todos los procesos democráticos modernos, ha estado siendo puesto en duda por enfoques agonistas de la convivencia social. Es decir, enfoques que plantean las diferencias en términos de “amigo-enemigo” y que socavan las bases de la convivencia y el diálogo político. Hay intelectuales y pensadores que consideran que todas las sociedades tienen antagonismos que no pueden ser superados, y destacan que la política tiene el rol de exponerlos, de expresarlos.

Dentro de esta visión agonista de la democracia, aparece un concepto que se vuelve absolutamente contradictorio de la visión pluralista que es el de la “negatividad radical”. Autores como Chantal Mouffe o Ernesto Laclau, fuente

de inspiración de muchos liderazgos populistas, consideran que aquellos antagonismos representan la disputa entre diferentes sectores sociales por imponer un orden social. Consideran que todo orden social no es más que la expresión de una determinada configuración de las relaciones de poder. El problema de este enfoque de “amigo-enemigo”, es que lleva a la conclusión de que esos antagonismos que están en toda sociedad, expresan un conflicto que no puede tener una solución racional, que no puede llegar a una solución acordada, por lo tanto, desaparece la posibilidad de un consenso racional.

La negatividad radical representa un virus muy dañino para las democracias pluralistas, ya que interpreta que las diferencias políticas planteadas entre las partes que integran todo régimen democrático, deben ser conducidas hacia una puja por imponer un orden hegemónico, sin posibilidad de lograr una solución o acuerdo racional de la diferencia. La disputa política no deriva en la posibilidad de un consenso racional, sino en la imposición hegemónica de uno sobre el otro. Con el otro no hay que dialogar, hay que imponerse. Se trata de un enfoque que destruye el espíritu de toda democracia pluralista, ya que la democracia deja de consistir en un mecanismo para tratar de llegar a un consenso racional o lograr un acuerdo entre sectores que piensan distinto.

El virus del agonismo, de la lógica “amigo-enemigo”, de la negatividad radical, es el virus que inoculan en los regímenes democráticos algunas versiones de liderazgos populistas. Sean estos de derecha o de izquierda, los liderazgos populistas se han transformado en el virus más peligroso para la subsistencia de los regímenes democráticos en el siglo XXI, en la medida que socavan la legitimidad de las democracias pluralistas.

Sobre todo aquellos que, en los términos del politólogo Kurt Weyland, adoptan una estrategia política para llegar al poder o ejercerlo basada

en buscar el apoyo directo no mediado ni institucionalizado de un gran número de seguidores, y que luego imponen una visión “amigo-enemigo” de la discusión política tratando de anular la legitimidad del otro para participar de la toma de decisiones. Subvertir las instituciones pluralistas que garantizan la participación de todas las partes del sistema, se vuelve un objetivo central de estos liderazgos populistas.

La imposición de esta visión amigo-enemigo en una democracia comienza por deslegitimar las razones para que el proceso de toma de decisión sea plural y se pueda llegar a acuerdos racionales entre las partes. Para ello, el liderazgo populista comienza la conformación de una subjetividad social, base de su representación, que amalgame una serie de demandas sociales y que confluyan en un significativo vacío constituido al efecto: allí aparece la noción de pueblo. Una vez establecida dicha subjetividad, se asume su representación, sin estar esta mediada por instancias institucionales (liderazgo personalista), y se canaliza el poder constituido hacia la validación del antagonismo: nosotros somos el pueblo, “los otros” representan intereses contrarios al pueblo.

Allí se inicia el socavamiento de los cimientos de la democracia pluralista. Quienes no representen al pueblo, no pueden participar en la toma de decisiones. No es legítimo que participen. La apropiación de la representación del “pueblo”, proporciona la legitimidad para imponer la hegemonía de una parte y neutralizar el diálogo plural. Es la negatividad radical aplicada: no puedo llegar a consensos racionales con el otro, me tengo que imponer sobre el otro.

La Argentina viene sufriendo las consecuencias de la imposición de lógicas agonistas que impiden que la discusión política pueda derivar en acuerdos y consensos que garanticen una serie de presupuestos mínimos

sobre los cuales constituir un rumbo de crecimiento y desarrollo. La ausencia de políticas de Estado, de políticas que trasciendan la discusión política coyuntural es el mejor síntoma de que el pluralismo en Argentina viene estando enfermo. Si discutimos todo, nos quedamos sin un lugar firme desde el cual podamos empezar a ponernos de acuerdo. Si discutimos todo, cada vez que una parte circunstancial llega al poder, está en condiciones de cambiar todo. Y así el corto plazo se llena de incertidumbre y desconcierto.

En términos pluralistas, se podría decir que una democracia goza de buena salud si hay una serie de consensos básicos sobre los cuales se puede llevar adelante la discusión de ideas. Esos consensos básicos son los cimientos, desde los cuales todas las partes pueden discutir el resto. Por ello, no hay hegemonía de unos sobre otros, al reconocer al otro en la conformación de los consensos básicos, se lo valida para ser parte y se obtura la posibilidad que unos se quieran constituir como el todo.

El cooperativismo es un movimiento que sabe y mucho de esto de tener enfoques plurales y no agonistas. La gimnasia de sostener una doctrina que determina que la cooperación es el medio más apropiado para lograr que productores y consumidores, integrados en cooperativas, puedan obtener un beneficio mayor para la satisfacción de sus necesidades, es la mejor expresión de una práctica pluralista de la convivencia. En esto quizá el cooperativismo se vuelve un gran generador de anticuerpos para evitar la emergencia del virus del “amigo-enemigo”, y para promover la lógica de la cooperación y no de la imposición hegemónica de unos sobre otros.

La ausencia de políticas de Estado, de consensos básicos y de una saludable convivencia plural entre las partes que integran una sociedad, termina siendo también nocivo para la consolidación del crecimiento y del desarrollo económico. Sin mínimas reglas de juego estables, se vuelve

muy complejo desarrollar proyectos e inversiones de mediano y largo plazo. La previsibilidad, es un condimento absolutamente necesario para la planificación económica. Y si la política no se puede poner de acuerdo en esos acuerdos mínimos, es porque a la democracia plural le está ganando la lógica “amigo-enemigo”, o lo que es lo mismo, porque a la democracia pluralista la afectó el virus del populismo agonista.

Este marco conceptual sobre los desafíos que enfrentan las democracias en el siglo XXI en general, y la democracia argentina en particular, nos ayuda a comprender la relevancia que tiene el hecho de que, si uno le pregunta a los protagonistas del proceso productivo de uno de los sectores más dinámicos de la economía argentina -como es el sector agropecuario-, ¿Cuál es su principal preocupación en relación a su situación productiva?, sistemáticamente, en los últimos años, la respuesta es la misma: la falta de reglas claras.

La incertidumbre que genera la ausencia de reglas claras se ha transformado en los últimos años en una preocupación dominante de todo el sector agropecuario en general y del cooperativismo en particular. Cambios impositivos, cambios de regulaciones de mercado, intervenciones en los mercados exportadores, fijación de cupos para comercializar hacia mercados externos, y toda una innumerable sucesión de políticas públicas zigzagueantes que, no solo incorporan incertidumbre para el proceso productivo, sino que denotan la ausencia de un plan estratégico de desarrollo para el sector que más dólares ha generado en la historia económica argentina y que más dólares seguirá generando en un país al que sistemáticamente lo estrangula la restricción externa.

Pero la falta de políticas estables en determinado sector, no son más que el síntoma de la ausencia de políticas de estado en todo el sistema.

La ausencia de un marco de políticas que configuren una base de sustentación de un proceso de desarrollo estable y sostenible en el tiempo, son el problema de base sobre el que aflora aquella falta.

Por todo ello se vuelve necesario remarcar el diagnóstico general sobre la democracia argentina. La imposición de lógicas agonistas (de sesgo populista) que han promovido la denominada “grieta”, ha enfermado a la democracia de falta de diálogo y consensos, y ello explica aquella incertidumbre gobernante en el sector productivo. En este sentido, hay que entender que las políticas públicas son el producto final del diálogo político. Y cuanto más estables son la mayoría de las políticas públicas, más saludable es ese diálogo político, más saludable es la democracia.

De modo que concluimos como comenzamos en el título de esta reflexión, advirtiendo que las democracias se enferman si no hay diálogo y consensos. Y ese es hoy el principal diagnóstico que uno puede hacer sobre el estado de salud de nuestra democracia. Un padecimiento que requiere un urgente tratamiento para su pronta recuperación. ¿Y cuál debería ser el tratamiento adecuado para resolver esa dolencia? ¿Cuál debería ser la vacuna a aplicar al enfermo para curarlo de ese virus? Debería ser aquella que provea de anticuerpos para contrarrestar a quienes quieran imponer las lógicas “amigo-enemigo”.

La democracia no funciona si alguna de las partes que la constituyen deslegitima la participación de “los otros” que legítimamente, y bajo las reglas democráticas, quieren participar de la toma de decisiones colectivas. Nadie debe arrogarse la representación del pueblo, nadie debe arrogarse la única legitimidad popular. Cada parte debe reconocer en la otra el legítimo interés de participar de la discusión política y,

sobre esa base, discutir las mejores ideas para el bien común y no los intereses que las promueven.

Si recuperamos nuestra capacidad de dialogar y acordar políticas de Estado, estaremos en condiciones de sostener que hemos recuperado la democracia. Al menos, la democracia como instrumento para construir un camino de crecimiento y de desarrollo para todos los argentinos, sin excepción. Aquella democracia que, recuperada en 1983, aspirábamos a que nos eduque, nos cure y nos dé de comer.